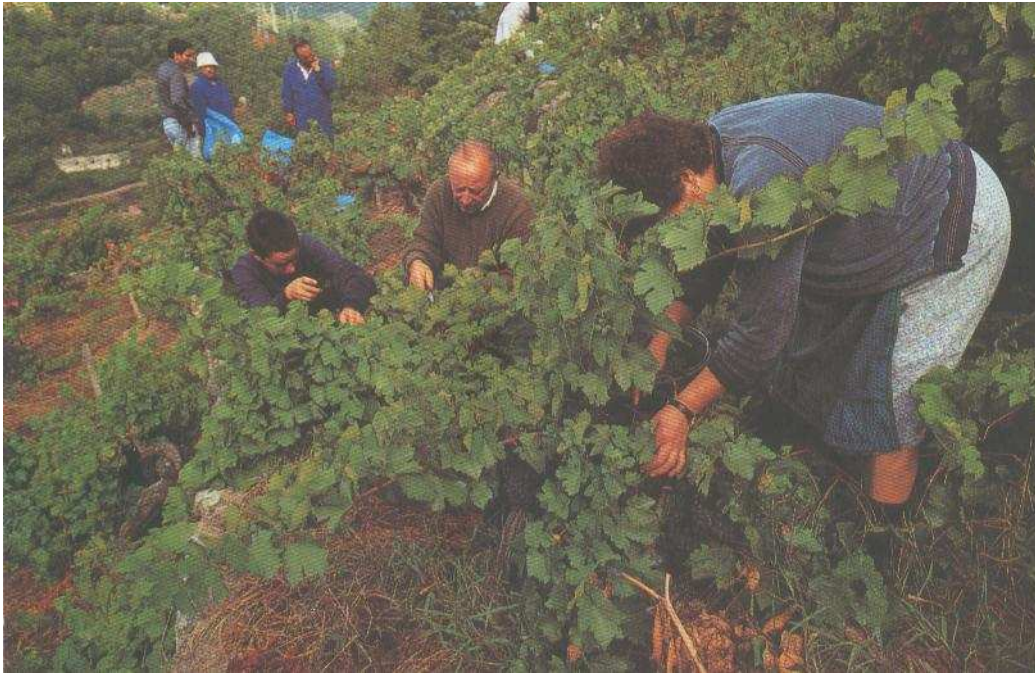


Viñas, iglesias y conventos en el cañón del río Sil

BASTA YA

Un espectacular paisaje de rocas cortadas casi en vertical hasta 500 metros sobre el río Sil, cubiertas de encinas, robles, madroños y castaños. Unos primorosos viñedos que rayan las pendientes con geometría casi cartesiana. Y, entre ellos, ermitas, cenobios y conventos a docenas. Así es la Ribeira Sacra, una comarca que combina la impresionante belleza del cañón del Sil con la emocionante y semioculta presencia monumental.



Mucho de lo que hoy vemos es fruto de una larga historia, pues el valle del Sil conoció desde la Edad Media un denso tránsito de órdenes monacales. Ellas lo poblaron con tantos edificios religiosos que, ya entonces empezó a hablarse de “riveira sacrata” para designar estos parajes.

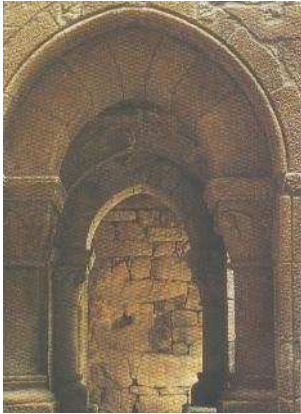


Si desde Orense cogemos la carretera que lleva hasta Esgos, pronto aparece la primera huella de lo que dejaron. Pasado el pueblo, los densos pinares y la abrupta orografía oculta la presencia del monasterio rupestre de San Pedro de Rocas hasta que llegamos al pie mismo de los peldaños horadados.

Dicen que, allá por el siglo IX, el caballero Xemondo, persiguiendo un jabalí, descubrió estas cuevas abandonadas hacía siglos, y se quedó a vivir en ellas como eremita. Se entiende su elección, pues el recogido lugar, vigilado por las extrañas formas rocosas que coronan el monte Buitrón y explican su nombre, invita al tranquilo disfrute. En cuanto a las capillas, con sus sepulturas antropomorfas excavadas en el suelo, son de una humilde belleza que impresiona.

Nada que ver, este apacible lugar, con la nueva huella que encontraremos siguiendo la retorcida carretera que discurre entre bosques y nos lleva a Luintra, capital de los afiladores que han dado la vuelta al mundo andando detrás de su rueda. Por la empinada carretera, camino de San Estebo de Ribas do Sil, disfrutaremos de amplias y limpias panorámicas hasta llegar al desvío que nos conduce a Ribas do Sil. Repentinamente, al final de la estrecha carretera, surge la monumental fachada del monasterio, enfrentada a las hermosas casas del lugar. La sobriedad de la roca da paso aquí al esplendor de los sillares renacentistas. En los magníficos claustros, parcialmente restaurados, podemos imaginar el enorme poder temporal de este cenobio benedictino, que fue elegido hasta por nueve obispos por retiro. Más allá de la huerta monacal, tras la fronda, adivinamos la presencia del río Sil, que a partir de ahora jugará a ocultarse y a surgir de improviso a lo largo del recorrido.

Carretera adelante, camino de Parada do Sil, viajamos entre bosques de castaños y robles que aún se resisten a ser desnudados por el otoño, al tiempo que disfrutamos de hermosas vistas del río. De vez en cuando, aparecen junto al camino pequeñas aldeas que exhiben excelentes muestras de arquitectura popular en forma de hórreos, capillas y cruceros.



Ya en el termino municipal de Parada do Sil, volveremos a sentir el privilegio de las aves asomadas al mirador de Vilouxe, que, entre Ribas do Sil y Parada do Sil, ofrece una de las vistas más espectaculares sobre el cañón del Sil.

Llegados a Parada do Sil, es obligada la visita a Santa Cristina, la joya románica de esta comarca. Otra vez una sinuosa bajada conduce a la sorpresa: en una revuelta del ramal aparece, empotrada en la vegetación, la torre del monasterios. De nuevo aparece un ambiente balsámico, donde todos los verdes conversan animados por el aliento del río; el tiempo cobra allí otra dimensión, apenas rota por el vuelo de las aves.

Si Santa Cristina sosiega el ánimo, en los Balcones de Madrid, el mirador más espectacular de la Ribeira Sacra, el Sil, encajonado entre impresionantes paredes, sobrecoge de nuevo. Luego, las viñas van imponiendo su viva geometría cromática casi derrotada por el otoño: las cepas, cultivadas en estrechísimas terrazas, tejen un inmenso tapiz que cubre las laderas hasta el agua, exhibiendo los oros viejos y los morados de cíclico vencimiento.

Así, entre la seducción del sosiego cenobítico y el vértigo geológico, siempre acompañados por las viñas, llegamos a Castro Caldelas. Aquí podemos ordenar las sensaciones acumuladas mientras paseamos por sus calles empedradas, visitamos el castillo o paladeamos su famoso licor de café.

Por la vida, ilis